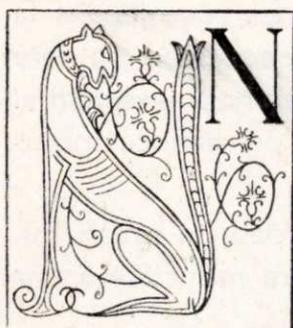


EDITORIAL



NO debe permanecer el movimiento de nuestra cultura ajeno a la rigurosa exigencia de la actualidad. Al no ser "actuales" atribuía Ortega el origen de la supuesta infertilidad de nuestro hispanismo al otro lado del Atlántico. La actualidad, es cierto, sitúa al hombre frente a un mundo irremediable que aquél no puede negar ni desconocer. Y ante ese espectáculo de la dura realidad exterior, el hombre no tiene otra salida que la de sentirse solidario u hostil. Lo que no podrá hacer es considerarse ajeno a esa implacable actualidad que ante él alumbra, con pasmoso vértigo, acontecimientos ideologías y sistemas.

He aquí la razón de que la cultura de hoy haya de tener una fisonomía propia. Porque este momento decisivo y dramático que vive el mundo no puede serle extraño e indiferente al hombre.

España tiene, sin duda, en esta crisis de la Historia, una misión que cumplir. Cuando más allá de nuestras fronteras los valores espirituales de la civilización occidental están a punto de derrumbarse, esperanza el ánimo pensar que a nuestra Patria le está reservada la empresa de ser depositaria de aquella cultura secular.

Esta es nuestra misión en la hora difícil de hoy. España tiene que proclamar de nuevo—como antes lo hiciera en la gran mutación histórica operada en el siglo XVI—su fuerte "impe-

rialismo ideológico". Es decir, el imperialismo único y eterno de la Verdad.

Cuando el "mundo exterior" se derrumba, hay que buscar la contrapartida de este derrumbamiento en la exaltación—aquilatada y fecunda—de nuestro "mundo interior". Entonces la Fe y el Saber no pueden seguir rumbos distintos. La cultura traza así los caminos por donde la inteligencia del hombre puede llegar más rectamente a la idea de Dios.

Cuando la corriente del mundo arrastra en sus oleadas la conciencia vigilante del hombre, la única adecuación de éste con su propio ritmo interior está en su referencia—espiritual e intelectual a la vez—a un principio que permanece inmutable, fijo y "verdadero".

Sin esta armonía del hombre con la Verdad, la razón humana quiebra y la vida pierde su sentido, para reducirse a una dimensión casi vegetal.

La Religión acerca al hombre a Dios. Pero hay un instante en que un cientifismo exaltado puede conducir a la vanidad del saber. Y este es precisamente el camino opuesto al de la Verdad. La ciencia no es en sí misma un fin. Piensan así los que, descaminados en el cultivo de la inteligencia, han perdido el puro sentimiento de la Fe.

En los estudios de la Universidad se acusa con fuerte vigor este riesgo. Cuando el conocimiento descubre horizontes que no sospechaba, se incurre en el peligro del egocentrismo intelectual. En este momento, sólo el retorno al sentido de "lo religioso" puede evitar una peligrosa desviación de la mente.

He aquí la razón de que el Ministerio de Educación Nacional haya hecho obligatorio el estudio de la Religión en las Universidades. España se ha salvado así del estilo intemporal que podía caracterizar a su cultura. Sabemos que vivimos un momento histórico, donde están puestos en juego, no simplemente unos límites fronterizos o unos sistemas de gobierno, sino los supremos valores del espíritu. Y esto último no puede sernos indiferente.

Por eso, hoy más que nunca—por cristianos, por españoles y por “actuales”—, hemos llevado la enseñanza de las verdades eternas de la revelación al ámbito donde hasta ahora sólo se estudiaban las verdades relativas de la Ciencia.

En el movimiento cultural que resume la historia del siglo XX, nuestra Patria habrá dado la tónica hispánica y católica que es consustancial con su espíritu, su temperamento y su raza.

Podrá así decirse todo, menos que en un momento de decisiones fundamentales nosotros hemos permanecido inactivos o indiferentes.